

## 16. La regeneración del “yo”

El Innominado vuelve a encontrarse a sí mismo en la experiencia de encuentro con un “yo” grande y responsable, el del Cardenal Federigo, con un yo en el que la belleza ya no es la juvenil e inmadura que se hace admirar, sino la belleza senil y sabia que mira; la belleza de una mirada que revela al otro *su* belleza escondida, profunda; la belleza que atrae por lo que despierta en nosotros, que no nos llena de concupiscencia, o de envidia, sino del deseo de una belleza posible también para nosotros, por el deseo de una caridad posible también para nuestra libertad.

“El Innominado (...) se cubrió de nuevo los ojos con una mano y, levantando a la vez el rostro, exclamó: — ¡Dios es verdaderamente grande! [*su corazón se dilata para engrandecer a Dios, ¡como la Virgen María en el Magnificat!*] ¡Dios es verdaderamente bueno! Ahora me conozco, comprendo quién soy; mis iniquidades están ante mí; tengo asco de mí mismo y, sin embargo... sin embargo siento un alivio, una alegría; sí, una alegría que no he experimentado nunca en toda esta horrible vida mía” (*Los novios*, cap. 23).

En este “¡sin embargo...!” la genialidad cristiana de Manzoni ha expresado toda la novedad del cristianismo, la novedad que la misericordia de Cristo hace experimentar, que el Espíritu de Jesús hace sentir: poder ver toda la repugnancia de nuestra vida y no ser abrumados por ello, porque la repugnancia pone aún más en evidencia la estima de la mirada de Cristo; el hecho de que a Él no le damos repugnancia, que a sus ojos ¡siempre somos preciosos!

Sin saberlo, el Innominado vuelve a tener la experiencia de sí mismo que el rey David expresó en el salmo 50, el *Miserere*, que Manzoni casi le hace recitar:

“Pues yo reconozco mi culpa,  
tengo siempre presente mi pecado (...)  
Devuélveme la alegría de tu salvación,  
afiánzame con espíritu generoso:  
enseñaré a los malvados tus caminos,  
los pecadores volverán a ti.” (Sal 50,5-15)

Y renace justamente al deseo del bien, de reparar, de amar, de dar su vida por la obra de Dios que transfigure todas sus maldades.

Para vivir en esta libertad, hemos visto que es necesario responder a una misteriosa llamada que, de un modo u otro, nos hace salir de nuestra fortaleza para abrirnos a un encuentro que nos hace renacer. Pienso de nuevo en el pensamiento que ya cité del Papa Francisco en la *Evangelii gaudium*: “Dar prioridad al tiempo significa ocuparse de comenzar procesos más que de poseer espacios” (EG 223).

Cuando se vive, como el Innominado, o como el arquitecto de Graham Greene, para conquistar espacios de poder, de todo tipo, en lugar de comenzar procesos en el tiempo – sobre todo el proceso de la propia conversión, de la apertura de nuestra vida y de nuestro corazón a la Redención que transforma en nosotros el hombre viejo en un hombre nuevo en Cristo –, es inevitable que antes o después nos detengamos para defender los espacios conquistados. Entonces, toda la tarea se reduce a construir

recintos y muros, a rodear los espacios de nuestro poder construyendo bastiones de todo tipo, ideológicos, como los del P. Ferreira, o mezquinos, como los de don Abundio. Y con el tiempo, y quizá enseguida, el espacio conquistado, por grande o pequeño que sea, no es más que el recinto cerrado de nuestro miedo. Un recinto que tiende a envolver todo el espacio, hasta convertirse en el bunker de nuestro miedo a perder el espacio de poder. Entonces, aunque seamos dueños del mundo entero, nuestro "reino" nos posee, nos domina, nos hace esclavos, encerrándonos en Él, encerrando el corazón hecho para el infinito en los bastiones del miedo a perderlo.

Jesús expresó todo esto en la frase que, como hemos visto, dijo después de la corrección a Pedro, una frase que no podemos olvidar: "¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su vida?" (Mt 16,26).

Sin embargo, paradójicamente, el hombre se salva del perder y arruinarse a sí mismo, su propio yo, *perdiéndose*, sacrificándose por Otro: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien la pierda por mí, la encontrará" (Mt 16,24-25).

Seguir a Cristo quiere decir escuchar su llamada a encontrarnos más allá de nosotros mismos, fuera de los espacios de poder en los que corremos el riesgo de asimilar nuestra identidad, la plenitud de la vida y, por lo tanto, más allá de los bastiones que nuestro miedo nos hace construir a nuestro alrededor, como el Innominado defendido por una fortaleza, por los guardias, y por las armas que llevaba. Y Jesús, pidiendo que nos encontremos más allá de nosotros mismos, nos invita, como dice el Papa, a adentrarnos en un proceso en el tiempo. El proceso en el tiempo es una realidad que comienza, pero que idealmente tiende al infinito, a lo eterno. Quiere decir salir de los bastiones, salir del bunker, para comenzar un camino en un espacio infinito, sin límites.

El camino comenzado por el Innominado al encontrarse con el Cardenal Borromeo – pero ya antes, cuando dejó su castillo sin escolta de "*bravi*", que eran los "gorilas" o "*bodyguards*" de la época, para descender al valle aún incierto de la llamada que estaba siguiendo – era un camino sin límites. Comenzaba allí para no terminar jamás, porque era un proceso de vida atraído por el amor hacia el don sin límites de la vida misma.

Como en el episodio de Zaqueo. Antes, este hombre se esconde entre las hojas del sicómoro, tiene miedo de dejarse ver, se avergüenza de sí mismo. Pero Jesús le mira y le llama. Y esta llamada hace salir a Zaqueo del bunker seguro de sus riquezas, de su vida de prepotencia y robo "legal". Y su identidad renace: «Zaqueo, levantándose, dijo al Señor: "Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más". Jesús le respondió: "Hoy ha venido la salvación a esta casa, porque también este es hijo de Abrahán. El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido".» (Lc 19,8-10)

"Mira, Señor, ¡yo doy!"

Uno que vuelve a descubrir su yo como posibilidad de don, comienza un proceso de vida que no terminará nunca. Ciertamente, pierde las defensas de su espacio de poder, pero vuelve a encontrar la libertad y la posesión de sí mismo, de su propia vida, y, en el fondo, de toda la realidad. Dar, amar, es una posesión de la realidad sin límites.